

Los Diez Mandamientos (20.1–17)

Y habló Dios todas estas palabras, diciendo:

Yo soy Jehová tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de casa de servidumbre.

No tendrás dioses ajenos delante de mí.

No te harás imagen, ni ninguna semejanza de lo que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra.

No te inclinarás a ellas, ni las honrarás...

No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano.

Acuérdate del día de reposo para santificarlo...

Honra a tu padre y a tu madre,...

No matarás.

No cometerás adulterio.

No hurtarás.

No hablarás contra tu prójimo falso testimonio.

No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su criada, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo (20.1–17).

¿Se sabe usted de memoria todos los Diez Mandamientos? Los primeros cuatro tratan de la relación de Dios con el hombre, mientras que los últimos seis tratan de la relación del hombre con el hombre. Piense por un momento: si todo ser humano que vive sobre la tierra obedeciera estos mandamientos, ¿qué clase de mundo sería este?

El mundo experimentaría una completa unidad espiritual; a Dios se le pondría en primer lugar en todo asunto de la vida. No habría más hinduismo, ni budismo, ni ateísmo. A los hijos no se les castigaría jamás, pues ellos siempre honrarían a sus padres. Los jueces de los tribunales de divorcio y de familia se quedarían sin trabajo; nadie cometería adulterio. Al no haber divorcio, no habría necesidad de pensiones alimenticias, ni de asistencia infantil. Ya no tendríamos necesidad de cerraduras para nuestras casas, carros o bancos, pues ya no habría más robos. Las mujeres podrían andar por las calles de la ciudad sin temor, pues, nadie las asaltaría. La traición que a menudo llamamos «competencia», sería reemplazada en el lugar de trabajo por la preocupación por el bienestar de nuestros colegas. La guerra dejaría de existir, pues ya nadie codiciaría lo que no es suyo.

En realidad no existe un mundo así de bueno, ¿verdad que no? Esta es la clase de vida que Dios concibió para nosotros, pero es obvio que no es la manera como la gente vive, ¿verdad que no?

En una encuesta realizada por el semanario Time en 1987, de 1014 estadounidenses adultos, el 90 por ciento reconoció que los estándares morales de los Estados Unidos habían decaído, y que el declive de la moralidad era el resultado de que los padres no se responsabilizaban de los hijos, ni les inculcaban normas morales de decencia. Muchos psicólogos recomiendan que se abandonen los frenos morales con el fin de que se experimente una buena salud mental. Muchos otros, que han descubierto que este desenfrenado estilo de vida da como resultado la esclavitud a los vicios, están buscando normas absolutas. Desean algo

a lo cual aferrarse, algo que les dé estabilidad en tiempos de cambio. El rector de la Fordham University, Joseph O'Hare, dijo: «Hemos tenido una serie de valores tradicionales que han sido cuestionados, y se les ha hallado deficiencias o han dejado de tener vigencia. Ahora, parecieran haber desaparecido completamente los bastiones morales». Si no fuera por el SIDA y otras consecuencias, ¿cuántos serían los que se conservarían sexualmente puros y libres de drogas para toda la vida? Nunca fue la idea que el hombre viviera sin reglas.

Los cristianos han hallado un bastión, pero los que están perdidos en el pecado se encuentran a la deriva moralmente al no tener un asidero espiritual. El hecho de que el hombre cayera hizo necesarios los Diez Mandamientos. Este Decálogo (Diez Palabras) fue el primer pronunciamiento pormenorizado que dio Dios de sus reglas para la vida. De hecho, entre los mandamientos que los cristianos han de guardar, se encuentran *los conceptos o los mandamientos explícitos* del Decálogo.

¿Cuáles serían algunos principios generales que debemos considerar en cuanto a los Diez Mandamientos?

LA LEY DEL ANTIGUO TESTAMENTO ES UN PACTO

Un pacto es un acuerdo entre dos partes. Dios hizo un pacto con Israel cuando le dio los Diez Mandamientos.

Dios puso una condición: «Ahora, pues, si diereis oído a mi voz, y guardareis mi pacto,...» (19.5). Esta era la parte del pacto que le correspondía cumplir a Israel. A Israel se le pidió que guardara los mandamientos de Dios.

La parte del pacto que le correspondía cumplir a Dios está expresada en el resto del pasaje: «... vosotros seréis mi especial tesoro sobre todos los pueblos; porque mía es toda la tierra. Y vosotros me seréis un reino de sacerdotes, y gente santa» (19.5–6a). Israel sería Su pueblo, y Él cuidaría de ellos. Esto es lo que estaba diciendo: «Ustedes guardan Mi ley, y yo los guardaré como pueblo Mío».

El pueblo estuvo de acuerdo en guardar la ley de Dios, y el pacto fue sellado en Sinaí:

Entonces vino Moisés, y llamó a los ancianos del pueblo, y expuso en presencia de ellos todas estas palabras que Jehová le había mandado. Y todo el pueblo respondió a una, y dijeron: Todo lo que Jehová ha dicho, haremos. Y Moisés refirió a Jehová las palabras del pueblo (19.7–8).

Antes de que Dios diera mandamiento alguno, el pueblo estuvo de acuerdo en obedecerle. Era importante que la dedicación de ellos a Dios fuera tan profunda, que no pondrían objeción a cumplir su parte del contrato, aun sin saber lo que se les pediría hacer. ¡Cuán gran dedicación! ¡Cuán gran amor! «¡Lo que sea que mandes, Señor, lo haremos, porque has sido tan bueno con nosotros!».

¿Ha firmado usted alguna vez en su vida un contrato en blanco? Usted no lo habría hecho a menos que tuviera confianza implícita en aquel que elaborara el contrato. ¡Israel firmó un contrato en blanco con Dios! Esto fue lo que le dijeron: «¡Lo que sea que digas, lo haremos!».

¿Cuántos son capaces de expresarse de tal manera en oración? «Señor, lo que sea que desees para mí, estoy dispuesto a aceptarlo». ¡Tenga cuidado! Dios podría darle algo que jamás esperó, pero ¡cuán gran amor es el que acompaña sus dones! «¡Señor, haré cualquier cosa! Le hablaré a mis amigos acerca de Tu amor. Me involucraré en la obra de la iglesia. Ayudaré en la enseñanza de una clase bíblica. Señor, asistiré al culto regularmente los domingos, y asistiré a las clases de los miércoles por la noche. Me comprometo a dar cada vez más y más».

Es más común entre nosotros el pacto condicional: «Señor, quiero ir al cielo, pero no me pidas que haga ciertas cosas. Señor, vé que nunca tenga yo dificultades. No podría sufrirlas. Por ahora no tengo entre mis propósitos el asistir regularmente. Señor, te seguiré. Solamente que no me pidas cambiar mi estilo de vida. No puedo dejar de beber ni cesar mi comportamiento sexual inmoral».

LA LEY DEL ANTIGUO TESTAMENTO NO ES NUESTRO PACTO

Aunque la ley del Antiguo Testamento es un pacto, ella no es nuestro pacto.

Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros; pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia (Romanos 6.14).

Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos fruto para Dios (Romanos 7.4).

Los cristianos no están obligados a la observancia de los Diez Mandamientos hoy día. Hay quienes dicen que, como los Diez Mandamientos se encuentran en la Biblia, estamos obligados a vivir conforme a lo que ellos dictan. Pareciera un buen argumento; pero si fuera cierto, estaríamos

obligados a la observancia de otras partes del Antiguo Testamento que no practicamos hoy día. Pablo escribió: «Y otra vez testifico a todo hombre que se circuncida, que está obligado a guardar toda la ley. De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído» (Gálatas 5.3–4). Las personas a las cuales Pablo les estaba escribiendo, estaban siendo bombardeadas con la enseñanza de algunos cristianos judíos, quienes creían que para ser cristianos, ellos debían observar la ley de Moisés junto con las leyes de Cristo. Lo que Pablo escribió, en esencia, fue que si ellos deseaban guardar un punto de la ley, estarían obligados a guardar toda la ley, incluyendo los sacrificios, la celebración de la Pascua y el uso del tabernáculo.

Como cristianos que somos, nosotros pertenecemos a Cristo y estamos bajo el nuevo pacto:

Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición... (Gálatas 3.13).

¿Cuánto más la sangre de Cristo, el cual mediante el Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mancha a Dios, limpiará vuestras conciencias de obras muertas para que sirváis al Dios vivo? Así que, por eso es mediador de un nuevo pacto, para que interviniendo muerte para la remisión de las transgresiones que había bajo el primer pacto, los llamados reciban la promesa de la herencia eterna (Hebreos 9.14–15).

El nuevo pacto es el que Cristo ha hecho. Los Diez Mandamientos son parte del antiguo pacto. Pablo dijo que la ley fue clavada en la cruz: «... anulando el acta de los decretos que había contra nosotros, que nos era contraria, quitándola de en medio y clavándola en la cruz» (Colosenses 2.14). ¿Deberíamos deshacernos de los Diez Mandamientos? ¡De ninguna manera!

MUCHOS MANDAMIENTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO SON RENOVADOS EN EL NUEVO TESTAMENTO

Muchas de las leyes morales del Antiguo Testamento fueron renovadas por Cristo durante su ministerio terrenal. ¡Todavía es pecado serle infiel a un cónyuge! (Mateo 19.9). ¡Todavía es malo robar, y todavía es malo matar! Es más, ¡aborrecer a un hermano equivale a cometer homicidio! Dios no ha cambiado, pero sí su forma de tratar con el hombre, lo cual ocurrió cuando Cristo murió y resucitó de entre los muertos. La naturaleza y la justicia de Dios no han cambiado. Los Diez Mandamientos son palabra de Dios. Sus principios, cuando no sus mandatos explícitos, se continúan aplicando a

nosotros. He aquí dos razones por las que estudiamos estos mandamientos:

En primer lugar, los Diez Mandamientos revelan la naturaleza de Dios. Si deseamos ser como Dios, debemos guardar Sus mandamientos. Para poder conocer a Dios y llegar a ser como Él, se necesita una observancia fiel de Sus mandamientos: «Y en esto sabemos que nosotros le conocemos, si guardamos sus mandamientos» (1^{era} Juan 2.3).

Con el mandamiento a «no usar mal el nombre de Dios» se condena el mal hábito de maldecir. ¿Qué nos dice esto de Dios? Que Él es tan santo que debe evitarse el uso descuidado de su nombre. Uno de los mandamientos dice: «No tendrás otros dioses delante de Dios, el Señor». Esto significa que sólo tenemos *un Dios*, el gran YO SOY. ¡No hay otro ser divino en todos los cielos! Él es la única Deidad. Esta es la razón por la que no podemos adorar a nada ni a nadie más. Él es el Altísimo.

¿Y qué de los demás mandamientos? ¿Qué nos dicen de la naturaleza de Dios? Uno de ellos dice: «No cometerás adulterio». ¿Qué es adulterio? Es faltar a las promesas hechas en el matrimonio. Es el rompimiento de un voto sagrado. Dios jamás incumplió ni incumplirá una promesa. Cuando Él promete resucitar a los justos y llevarlos al cielo un día, ¡podemos tener certeza de que lo hará! Él desea que los Suyos sean igualmente fieles en el cumplimiento de sus promesas.

En segundo lugar, los Diez Mandamientos nos muestran el modo correcto de vivir. Ted Koppel, el conductor del programa televisivo «Nightline», dijo en una ceremonia de graduación de la Duke University:

Prácticamente nos hemos convencido de que los eslóganes nos salvarán. Inyéctate droga si es que no tienes alternativa, pero usa una jeringa no contaminada. Disfruta de las relaciones sexuales donde se te antoje, y con quien se te antoje, sólo que no olvides usar condón. ¡No! No es porque esté de moda, ni porque sea lo más inteligente, ni porque podrías acabar en la cárcel, ni porque podrías morir en la sala de enfermos del SIDA, sino porque es malo, porque nos hemos pasado los últimos cinco mil años, como raza de seres humanos racionales, tratando de salirnos del cieno primigenio buscando la verdad y los fundamentos morales absolutos. La verdad, en su forma más pura, no se expresa mediante una palmadita en el hombro. Es mediante un enérgico reproche que se expresa. No fueron Diez Sugerencias las que Moisés trajo consigo al bajar del Sinaí.

Predilecciones religiosas aparte, las palabras de Koppel constituyen una vigorosa declaración en favor de una vuelta a los valores morales

absolutos. No hay que pedir disculpas para señalar el camino que lleva a los valores morales absolutos de la Biblia. Nuestro deseo es que la gente se someta al gobierno de Dios en sus vidas, no porque sea conveniente, sino ¡porque es esencial!

Hay psicólogos que desearan contar con un conjunto de valores absolutos en el trabajo que hacen con sus pacientes. Les preocupa no contar con valores absolutos de la vida, con los cuales puedan orientar a sus pacientes. Están de acuerdo en que es necesario refrenar ciertas conductas, pero no encuentran un fundamento sobre el cual basarse para ello. Les incomoda la idea de la moralidad, así que le dicen a sus clientes: «Esto es lo que las investigaciones señalan».

Se cuenta la historia de un hombre que estaba afuera en la calle, de manos y rodillas en el suelo, buscando algo, cuando un amigo se le acercó y le dijo: «¿Qué es lo que buscas?». El hombre respondió: «Perdí mi llave». «¡Oh, qué terrible!», dijo su amigo. «¡Te ayudaré a buscarla!». Se arrodilló y puso sus manos sobre el suelo, y después de buscar por un rato preguntó: «¿Dónde la perdiste?». El hombre respondió: «La perdí en mi casa». Su amigo, sorprendido, le preguntó:

«Entonces, ¿por qué la buscas aquí afuera?». Respondió el hombre: «¡Porque aquí hay más luz!». Hay gente que no se vuelve a la Biblia en busca de las respuestas a las preguntas de la vida. En lugar de ello, leen los estudios que han hecho filósofos e investigadores, con la esperanza de hallar algunas respuestas.

Dios llamó a Israel a guiarse por estas Diez Reglas para la vida. Dios también está llamándolo a usted a someterse a Él. Es una buena manera de vivir; pero no es por esta razón que le estamos pidiendo que obedezca a Dios. ¡Llamamos la gente a la obediencia porque es justo que obedezcamos!

CONCLUSIÓN

Hay un mandamiento que debería resonar en sus oídos si usted no es cristiano: «Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio» (Hechos 3.19).

¡Usted se está ahogando en el mar de su propio pecado! Su culpa no desaparecerá entreteniéndose en juegos filosóficos en su mente. Su culpa necesita ser lavada en la sangre de Jesucristo, el que murió por usted en una colina en las afueras de Jerusalén.■